



# Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(J. García Ramos.)



Dicen los críticos de él  
que tiene en casa un tesoro,  
puesto que puede hacer oro  
con las barbas del pincel.

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Miseria oculta, por Luis de Ansorena.—Palique, por Clarín.—Para tal culpa, tal pena, por Alberto Casañal Shaker.—Cómo se escribel, por Antonio de Valbuena.—Á una prima tacaña, por Juan Pérez Zúñiga.—Ley eterna, por Sinesio Delgado.—Menudencias, por Antonio Soler, Alfredo López Álvarez y Federico Canalejas.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: J. García Ramos.—Del Santo.—Al Santo (cuatro viñetas).—En el restaurant.—Propósito de enmienda.—Tempestad deshecha, por Cilla.



## DE TODO UN POCO

No, no decae nuestra tradicional romería.

Los trenes llegan rebotando forasteros de rostro plácido, las familias madrileñas se disponen á visitar al Labrador excelso, que reside extramuros de la villa y corte, y los industriales fabrican á toda velocidad la legítima leche de las Navas, el reputado

vino de Valdepeñas y las incomparables rosquillas (que antes fueron mendrugos) de Fuenlabrada.

¿Quién, siendo madrileño de raza, dejará de acudir á la Pradera para tomar un baño de sol, arrullado por los dulces sonos de las chirimías que tañen los músicos del *Tío Vivo* y bailar una mazurca al dulce compás del piano de manubrio? ¿Quién dejará de comer la ensalada de escabeche aliñada con aceitunas zapateras?

La romería nos trastorna y nos enloquece hasta el punto de abandonar nuestras obligaciones más sagradas.

—¡Caramba! El caso es que yo tenía que ir á cortarle un callo á un senador del reino—dice un pedicuro acreditado;—pero hoy es San Isidro.

Y deja el callo y lo deja todo, para decir á su mujer:

—Haz una buena tortilla, compra escabeche, viste al besugo, quítale las espinas al niño, digo, no, al revés... ¡No sé dónde tengo la cabeza!

—Pero ¿de qué se trata?

—De ir á San Isidro.

—¡Andando!—exclama la pedicura.

¡Y á gozar, que la vida es corta!

\* \* \*

Los forasteros se divierten también de un modo extraordinario.

Llega uno á la Puerta del Sol, y sin saber cómo, se encuentra metido en un ómnibus, empujado por el cochero, que dice á grandes voces:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Á San Isidro! ¡Suban aquí!

El forastero se deja caer sobre el almohadón sin lanzar un quejido, encima del forastero se coloca una señora obesa que sostiene sobre sus rodillas un niño y con el niño un bulto conteniendo una cazuela dentro de la cual yacen los trozos inanimados de medio cabrito.

—Hágase usted para allá—dice la señora al forastero, metiéndole un codo por la boca del estómago.

—¿Para dónde?—pregunta él sorprendido.

Por toda respuesta, la señora le da un empujón, obligándole á caer de costado sobre un paleta, que le atiza un puñetazo sin decir «agua va».

Pónese en movimiento el carruaje antes de que el desdichado forastero haya podido protestar, y algunos minutos después aparece en la portezuela la cara del cobrador, que grita con voz agudada:

—¡Ea, á pagar!

El forastero saca una moneda y la deposita en manos del recién aparecido.

—¿Qué me da usted aquí?—pregunta éste.

—Dos reales—contesta aquél.

—Son cuatro.

—¿Cuatro? Pues que paren.

Todos los del coche se echan á reír, y el forastero paga y sufre en silencio.

Pero llega á la romería... ¡Oh placer! Ya está libre de rechiflas y vejámenes; ya puede andar á sus anchas y tomar cualquier cosilla en un merendero. Recorre la Pradera, entra en la capilla, párase á contemplar los pitos y las figuras caprichosas... y viene un borracho y le da con una bota en la cabeza, confundiéndole con un amigo de la infancia.

\* \* \*

En muchas casas particulares hay estos días forasteros que han aprovechado la baratura de los trenes para visitar Madrid y comprar de paso unas frioleras.

En casa de D. Ciriaco se ha metido un matrimonio, paisano suyo, que come de una manera horrible, porque estas aguas finas de Madrid abren el apetito á un guardacantón.

—La verdad, chico—decía D. Ciriaco cuando vió aparecer al matrimonio,—aquí no cabéis.

—¿Que no? Ya verás tú—contestaba el marido.—Nos pones una cama en este corredor, y ¡tan contentos! Con nosotros no gastes ceremonias.

No hubo medio de evitar la irrupción, y D. Ciriaco y su esposa duermen en la despensa, para que el matrimonio forastero ocupe la única alcoba grande de la casa. Y lo peor es que los forasteros siempre se están quejando de la comida.

—¡Pero Ciriaco! ¡Qué mal coméis en Madrid! ¿Esta carne de qué es?

—De vaca.

—¡Quiá! Esta carne es de persona.

—Para carnes las de allá—añade la forastera.

—Mira—dice á lo mejor el forastero,—«ésta» y yo nos vamos esta tarde á San Isidro, porque, ya que estamos aquí, queremos verlo todo. Si no venimos á las siete...

—Comprendido: es que coméis fuera.

—No, si no venimos á las siete, podéis comer vosotros y nos guardáis comida.

El que tiene casa puesta en Madrid se expone á que se la invadan los amigos de provincias, ó á que llegue un matrimonio «fuera de cuenta» y dé á luz al día siguiente de su llegada, como ha sucedido en casa de uno de nuestros suscritores. Entrósele por las puertas una señora de Mondáriz con su esposo, saludó á los dueños del domicilio, y á las veinticuatro horas...

—¡Ay!... ¡Ay!

—¿Qué le pasa á usted, Mariquita?

—¡Que voy á ser madre!

Y lo fué en la sala, junto al sofá, con gran indignación de los dueños de la casa, que decían hablando entre sí:

—¿Has visto desvergüenza semejante? ¡Dar á luz en casa ajena!

—Bien pensado—objetó la señora de la casa,—¿qué iba á hacer la pobre?

—Aguantarse, como me hubiera aguantado yo.

\* \* \*

Se han publicado estos días dos libros muy notables.

*De un periodista* se titula el primero, colección de hermosos artículos de Ricardo Fuentes, uno de los jóvenes que mejor escriben y piensan más hondo.

El otro libro lleva por título *Lucha extraña*, y es una novela interesante escrita por Luis López Ballesteros.

Á ambos autores les envía el testimonio de su admiración y de su amistad sincera,

Luis Taboada.

★

## Miseria oculta.

—Padre, es muy duro—decía el rey, con honda tristeza—que el que lleva todavía real corona en la cabeza, el que llegó hasta la cumbre de la gloria y del poder,

comido de podredumbre su cuerpo tenga que ver. Sé que humo las dichas son; mas, la verdad, no consigo hallar cumplida razón para tan fuerte castigo.

Tuve á Dios por justiciero;  
mas ahora, viéndome así,  
tégole por más severo  
de lo que nunca creí.  
Hice respetar su ley,  
en alto puse su nombre,  
y mis actos como rey  
disculpan mis faltas de hombre.  
Si esta asquerosa dolencia  
es la pena natural,  
porque á veces mi conciencia  
se hundió en la sombra del mal,  
¿quién puede la frente á Dios  
alzar sin ningún espanto?...  
¡Ni el hombre... ni el rey... ni vos,  
padre, que sois casi santo!  
—¡Paciencia! ¡Conformidad!—  
murmuró angustiado el viejo.  
—¡Paciencia!...—su majestad  
le respondió.—¡Buen consejo!  
Yo aguantara esta miseria  
con resignación y calma  
si al hundirse la materia

callase el afán del alma;  
mas, para escarnio mayor,  
en este cuerpo podrido  
el alma pide el amor  
como nunca le ha pedido.  
É inútil que á Dios implore  
que extinga este loco empeño...  
¡No hay gusano que devore,  
que acabe con este sueño!

.....  
.....  
Calló el rey, y el confesor,  
fijando en él su mirada  
llena de angustia y dolor,  
salió sin responder nada,  
pensando:—¡Sí! ¡Ha de morir  
cual vivió!... ¡Cómo ha de ser!  
¡Yo qué le puedo decir,  
si no logra comprender  
que esos pensamientos vanos  
forman su mayor miseria...  
y que tiene más gusanos  
el alma que la materia!

Luis de Ansorena.

### DEL SANTO...



—Siempre volvemos lo mismo de la Pradera. ¡Sin encontrar un alma caritativa que nos diga: «Acepten ustedes este par de rosquillas tontas!»

### PALIQUE

*Académicos en cuadrilla* se titula un volumen pequeño y elegante que acaba de publicar, en la librería de F. Fe, *El Bachiller Francisco de Estepa*. Es obrilla bien escrita, en general; que demuestra variados conocimientos, en el autor; y peca por la pequeñez del asunto, pues se trata de decir, en resumen, que cierto libro de cuentos andaluces, publicado pronto hará un año, no siempre tiene gracia, pocas veces sabe á Andalucía y casi siempre huele mal.

No haría yo aquí crítica de crítica, si no fuera que el autor me alude varias veces y con palabras muy comedidas. Extraña que *Clarín* haya alabado ese libro que él censura; pero bien se conoce que habla por referencia y no ha leído lo que en *El Imparcial* he escrito al caso. Como el *Bachiller*, dije que los cuentos serían andaluces, pero yo los había oído, muchos de ellos, en otras partes; como el *Bachiller* protesté contra lo *escatológico* que en efecto abunda en la colección de que hablamos, y como el *Bachiller*, no encontré suficiente la disculpa del ejemplo homérico.

Lo que hice yo, y el de *Estepa* no hace, fué distinguir de cuentos y cuentos, de estilo y estilo. Cuatro colaboradores anónimos trabajaron en la colección, y bien se ve que uno de ellos está á cien codos sobre los otros. De los tres que se quedan tan abajo, haga el *Bachiller* mangas y capirotos, que á mí no me importa; pero del que por excelente se distingue, no cabe hacerse sino lenguas, si se ha de ser justo. Ciertos alardes lícitos de oportuna erudición no hay para qué censurarlos. De la suya nos da no pocas pruebas el *Bachiller*, y como lo hace á tiempo y en forma graciosa, no se le toma á mal, tampoco, que sepa cosas que no sabrán todos los lectores.

En incorrecciones y otros defectos abundan los cuentos de los tres colaboradores de menor cuantía; yo he visto muchas más de las que el *Bachiller* apunta. En cuanto á las señaladas en lo escri-

to por el *mejor*, me parece que se quiebra á veces de sutil la crítica del *Bachiller*.

El mismo, que escribe en buen castellano, sin duda, deja escapar un *pretencioso* que no es, ni puede ser, castellano; le quita á Cuba una preposición *á*, cuando la necesita, y comete otros peccadillos, que he olvidado ya, pero que volvería á señalar fácilmente.

En resumen, es lástima que pluma tan hábil no se emplee en combatir cosas peores y que no respete famas literarias firmes como el diamante.

\* \*

*Calínez*, el jesuita, escribe «de todos modos» subrayándolo, como para dar á entender que no es castellano limpio; y después de este escrúpulo de *monja*, echa esto sobre el altar... del *patrio idioma*:

«En estrenos de jóvenes  
se desconfía.»

Y se desconfía *en* no es castellano, y es natural que no lo sea. Se desconfía *de*, pero no *en*, como enseña perfectamente la Academia.

\* \*

El mismo *Calínez* dice, con la firma autorizada de Navarro Ledesma, que el ingenio de Galdós está en la plenitud de su desarrollo.

Y desarrollo es, según la Academia, «acción y efecto de desarrollar ó desarrollarse». Y desarrollar es descoger lo que está arrollado, deshacer un rollo, explicar una teoría; y en la acepción que puede aplicarse, sólo que mal, en nuestro caso, desarrollarse es «adquirir gradualmente incremento y vigor los *animales* y *vegetales*».

De modo que *Calínez*, sin querer, llama á Galdós animal... por lo menos.

\* \*

Afortunadamente, enseñarle gramática y otras cosillas á *Calínez* no es predicar en desierto, porque sabe tragarse las lecciones.

Tragó, v. gr., lo de *constante*, lo de *banal*, etc., etc., y ahora se traga lo de Hegel por Kant, lo de extática por estática, y los caminos trajinados. Lo que no traga es la macolla del trigo. Y cree que *Clarín* niega que el trigo pueda amacollarse. No, infeliz; lo que digo es que el ver un *síntoma* de la primavera en que el trigo se amacolle, es tener un alma tan poética... como un alma...cén de harinas.

*Calínez* invoca la autoridad filológica de los gañanes.  
Lo comprendo.

\* \*

Un papelito que tuvo gracia, pero que ya no la tiene, según confiesa todo el mundo; porque se le ha agotado el repertorio de chismes verdes y *escatológicos* y ha dejado meter la pata á un consumidor de macollas; un papelito que, por agradecimiento, debería abstenerse de zaherir á cualquiera de mi familia, dice que *Clarín* es síndico y clasificador de gallinas y ex-gallos.

Efectivamente; lo que vengo haciendo con *Calínez* lo demuestra. ¿Le quieren ustedes más clasificado?

Pero ¿cómo consiente *Calínez* que en su mismo periódico le suelten esas pullas?

\* \*

Ha muerto Feliu y Codina.

A Navarro y *Calínez* le cabe la satisfacción de no haber dedicado al mérito del malogrado dramaturgo más que unas cien cuchufletas de mal gusto relativas á las buenas carnes del difunto.

\* \*

Así entiende *Calínez* y Ledesma la crítica. Se alaba nada más á quien nos protege; se juzga á los autores... al peso; y, como si en este ó el otro periódico no pudieran escribir ingenios buenos lo mismo que los malos, se condena en absoluto *La España Moderna*, *La Ilustración Española*, v. gr., nada más por el delito de no haber llamado al hermano *Calínez* para que hablase en dichas publicaciones de las grandes hazañas que *ha de realizar* Alfonso XIII y de la *finalidad sin fin* de Hegel en sus relaciones con *Bombita*.

\* \*

Mi querido Galdós: no le escribo á usted porque sospecho que Navarro Ledesma le visita. Y puede ver la carta y hablar de ella en los periódicos. ¿Que como ha de hacer eso sin permiso de usted? Pues como ya lo hizo antes con otra.

\* \*

Por último: dice *Calínez* que la empresa de un teatro «ha tenido un hallazgo».

¿Y cómo se tiene eso?

No se tienen los hallazgos. Se tienen... otras cosas, por ejemplo, las ocurrencias.

Así, yo puedo decir:

«*Gedeón* ha tenido una ocurrencia. Dedicarse á la equitación. En adelante ya no escribirá *Calínez*, porque *Gedeón* respeta la división del trabajo».

*Clarín.*

## ¡AL SANTO!



—Yo no voy á la Pradera más que por los columpios. No por subir, sino para ponerme debajo.



—Todos los que haigan venido de Griñón se van á quedar asombrados al ver este pañuelo de Manila.



—No sé á qué voy. Porque está visto que á los paletos no les gustan más que las gordas.



—Pues mire usted, hace treinta y siete años que voy á la ermita. Y si me divierto esta tarde puedo decir que es la primera vez que me he divertido.

## PARA TAL CULPA, TAL PENA

(CUENTO BATURRO)

## I

—El maestro de escuela, hace un instante, m'ha parau en la plaza y m'ha dicho que el chico va palante, que se da en la litura güena traza y s'aplica bastante.

—¿Qué quiés icir con eso?

—Que debemos

mandale un regalico

pa hacele ver así cagradecemos ese cuidiao que tiene con el chico.

Hace un año na más que va á la escuela y lee que se las pela,

y ha dau ya, que yo sepa, dos cartillas.

—Güeno, güeno: si no te paice mal,

mándale una docena de morcillas y un capón de los que haiga en el corral.

## II

Pocos días después, una mañana, el chico del tío Inacio y la tía Juana hizo al maestro salir de sus casillas llevándole el capón y las morcillas.

El buen señor, según cuenta la historia, casi se puso enfermo de emoción,

y trasladado se creyó á la gloria

cuando vió las morcillas y el capón,

y añaden que exclamó (yo no lo oí):

—¡Hoy, Señor, creo en ti!

## III

Cuando á casa volvía, al salir de una calle, el mismo día, encontróse el tío Inacio al tío Niceto, que le dijo en secreto:

—Inacio, no te enfades,

pero te voy á icir cuatro verdades.

—¡Habla.

—¿Me das premiso?

—Si es preciso

cuenta con el premiso.

—Pus na, que tu mujer te está engañando.

Ya hace tiempo que la anda cortejando el maestro de escuela.

—¿Estás seguro?

—Yo mesmo los hi visto, te lo juro.

—¿De verdá?

—De verdá.

—¡Ya pué el maestro

rezar un padrenuestro!

—¿Qué intinción es la tuya?

—Ir á su casa.

—Hombre, aspera.

—No aspero ni un minuto.

¿Ices que con mi Juana se propasa?

Pus me las va á pagar.

—No seas bruto.

¿Qué quiés hacer? ¡Rompele las costillas!

—¡Rompele las costillas! ¡Güena ganál!

¡Quiá! Quitale un capón y unas morcillas

que le ha llevan mi chico esta mañana...

Alberto Casañal Shakery

## En el restaurant.



—¡Rediós con los de pueblo! ¡Han echado la llave antes de servirles el segundo plato!

## ¡Cómo se escribe!

Ó no ha de escribir D.<sup>a</sup> Emilia ó ha de errar, aun en las cosas más triviales y conocidas.

De manera que, para bien ser, se había de reformar el aforismo latino aquel de *Humanum est errare*, para aplicársele más directamente á D.<sup>a</sup> Emilia, diciendo: *Emilianum est errare*.

Porque hay cosas en que ya no yerra nadie más que ella.

Y los académicos, á lo sumo.

Por cierto que parece mentira que, poseyendo D.<sup>a</sup> Emilia tan notoriamente la única condición reconocida como necesaria para entrar en la Academia que es el don de errar, pues de la otra condición de la residencia en Madrid ya se prescinde á cada paso; parece mentira, digo, que haya todavía dificultades para meter á D.<sup>a</sup> Emilia en la indocta casa.

¡Si está entrando ella sola!...

Una señora que cree que inhibirse es... lo contrario de lo que es realmente y lo escribe así, y llama *pena de daño* á la *pena de sentido* y viceversa, y dice que vuela la garduña y aun la mide la longi-

tud de las alas, y habla de *la densidad de la temperatura*... una señora que tales cosas escribe es académica por derecho propio.

Y entrará, no puede menos; entrará. Porque además de los ya mencionado, continúa haciendo méritos todos los días.

Y no es que sea tonta D.<sup>a</sup> Emilia, no; no vayan ustedes á creer que es tonta. Al contrario: no deja de tener sus *coruscaciones intelectuales*, como diría ella de seguro si sospechara la existencia de ese verbal latino, que significa relámpago. Lo que hay es que ha estudiado poco, y, empeñándose en escribir de todo, escribe de muchas cosas que no sabe.

Recientemente ha escrito otro cuento titulado *Sustitución*, que no es de escapatoria como los anteriores.

Quiero decir que su argumento no consiste en que se escape ninguna niña ni señora casada; mas no por eso vayan ustedes á creer que el verbo escapar queda ocioso en el cuento.

A D.<sup>a</sup> Emilia siempre se la escapa algo.

Cuando no es el latín, es la física, ó *la densidad de la temperatura*; cuando no es la doctrina cristiana, es la sintaxis, ó el sentido común, ó cualquier otro elemento de importancia.

«Las noches de invierno—dice D.<sup>a</sup> Emilia—nos servía de asilo la salita de la señora, donde ardía un brasero... bien pasado.»

¡D.<sup>a</sup> Emilia! ¡D.<sup>a</sup> Emilia!... Un brasero no suele arder nunca en la salita de una señora, porque los braseros no suelen arder más que al encenderlos, y no se suelen encender en las salas... Pero tratándose de un *brasero bien pasado*, ¿cómo había de arder ni en la salita ni en ninguna parte?...

Ahí tienen ustedes á una señora que no sabe lo que es *arder*, y es *catedrática de estudios superiores de literatura* en el Ateneo.

¿Cómo serán allí los estudios inferiores?...

Razón tiene *Félix de Montemar* cuando se queja de la impropiedad del nombre de *estudios superiores*, aplicado á las lecturas de D.<sup>a</sup> Emilia.

En el mismo cuento donde *ardía el brasero bien pasado*, dice D.<sup>a</sup> Emilia:

«Al saber que había aparecido muerta en su cama, *fulminada* por un derrame seroso...»

—*Fulminada?*—preguntan los lectores *al saber* que ha escrito eso D.<sup>a</sup> Emilia.

—*Fulminada*—contesto yo;—sí, *fulminada*. Así lo dice D.<sup>a</sup> Emilia; y el que no esté conforme, por creer que ese verbo no se construye así ni tiene esa significación, y por creer que eso de decir que *había muerto fulminada por un derrame seroso* viene á ser lo mismo que decir que *había muerto disparada por una escopeta*, que se lo ponga á pleito á la ilustre traductora de Melchor de Vogue, de Montalembert, de Ozanan y otros.

Dice poco después D.<sup>a</sup> Emilia que llegó «á una pradería donde varios gañanes trabajaban en *segar hierba y amontonarla en carros*», en lo cual tampoco dice bien; no solamente porque no es verosímil que amontonaran la hierba inmediatamente después de segada, sin dejarla secar, ó cuando menos, desmostearse un poco, sino porque la hierba no se *amontona en carros*: se amontona en el suelo, cuando se amontona, y cuando se pone en los carros no se dice que se *amontona*, sino que se *carga*. Hubiera dicho D.<sup>a</sup> Emilia al hablar de la hierba «*cargarla en carros*», y... siempre tendría su cuento un disparate menos, aunque todavía le quedarán muchos.

Y sigue D.<sup>a</sup> Emilia *amontonando*... de esas cosas.

«Explicome—dice—que el pradito aquel rendía todos los años más de treinta carros de hierba seca, que se vendía como *pan bendito*.»

No es verdad, D.<sup>a</sup> Emilia; eso no puede ser verdad, porque el pan bendito no se vende.

Y no vendiéndose ni habiéndose vendido nunca el pan bendito, es absurda la comparación, y no ha podido formarse jamás eso que usted cree una frase y que en efecto no lo es, sino disparate de usted únicamente.

Usted, señora D.<sup>a</sup> Emilia, se conoce que ha oído cantar un gallo en un muradal, y no sabe usted en cuál. Es decir, que ha oído usted la frase *como pan bendito*, pero no se ha enterado usted de que no se forma con el verbo *vender*, sino con el verbo *repartir*.

«Se lo reparten como pan bendito», «se repartió como pan bendito», se dice de una cosa divisible y muy solicitada.

Y se dice así, porque *el pan bendito*, que es una de las nueve cosas por las que se perdona el pecado venial, el pan que bendice el párroco los domingos al ofertorio de la misa mayor, y que también se llama *caridad*, se reparte entre los feligreses dividiéndolo en trozos muy pequeños á fin de que haya para todos.

¡Siempre tan atrasada esta D.<sup>a</sup> Emilia en las cosas de piedad y de religión!...

Y luego, es claro: soltar disparates como ese de que la hierba «se vendía como el pan bendito», que precisamente no se vende.

Todavía en el mismo cuento del *pan bendito*, que D.<sup>a</sup> Emilia quiere que se venda como la hierba, después de llamar por dos veces *vidrios* á los anteojos, en lo cual sigue su manía de llamar *vidrios* á todas las cosas, pues también recuerdo que refiriendo un viaje á Tordesillas dice que pidió á una mesonera *un vidrio de agua* por decir un vaso, todavía vuelve á errar D.<sup>a</sup> Emilia en cosas sencillísimas y tocantes á la religión, pues confunde el funeral con el entierro.

Aparece muerta en la cama una señora, *fulminada por un derrame seroso*, como dice D.<sup>a</sup> Emilia: va inmediatamente el protagonista del cuento á poner la triste noticia en conocimiento de un hermano de aquélla, y cuenta D.<sup>a</sup> Emilia que le dice:

—«¿No vendrá usted al *funeral*?»

Señora, eso no se llama el *funeral*; se llama el *entierro*.

*Funeral* se llama la función religiosa compuesta de oficio de difuntos y misa de *requiem*, que se celebra después de enterrado el cadáver, á los ocho ó nueve días generalmente. Y *entierro*... pues ello mismo lo está diciendo: el acto de enterrar el cadáver.

Para lo que el protagonista invita al hermano de la difunta es para el entierro, y... las cosas se deben llamar por sus nombres.

¿Qué trabajo cuesta?...

Digo, á usted sí la costará trabajo, porque no suele saber los nombres de las cosas; pero, en aprendiéndolos, el mismo trabajo cuesta decirlos bien que decirlos mal.

Y el mismo tiempo se tarda en lo uno que en lo otro.

Antonio de Valluena.

## PROPÓSITO DE ENMIENDA



—Como encuentre una forastera, sana, robusta, con algunas tierras de pan llevar y que quiera saber lo que es bueno, dejo esta vida agitada en que no se tropieza con un duro y... consiento que me hagan alcalde pedáneo.

★

## A una prima tacaña.

Mi estimada prima y Concha:  
¡Se necesita un tupé superior para volverme á convidar á comer cuando aún no se me ha olvidado lo que pasó la otra vez, gracias á lo miserable que el Señor te quiso hacer! Menos mal que, escarmentado (malhaya tu aviso, amén), no asistiré á tu comida sin llevar dentro un bistek. Por cierto que Inés, tu fámula, bien te secunda. ¡Rediez con la comida ilusoria que nos puso su *merced*! ¿Quizá, Concha, te figuras que yo no recuerdo que nos dió primero unas ostras desalquiladas la Inés? Dijo que eran «pa abrir boca», y en efecto, dijo bien, pues, al verlas, con un palmo de boca abierta quedé. ¿Á quién se le ocurre ¡oh, Concha!

darme dos ostras ó tres sin el bicho que en el centro suelen las conchas tener? Sopa de fideos finos rezaba el *menú-cartel*; pero tan finos los puso que no los pudimos ver. ¡Y qué paella más rica nos sirvió luego después! Trasladá á mi plato un grano de arroz, y le pregunté si sabía el paradero de las tajadas. «No sé —contestó.— Yo no me trato con eso que dice usted.» Lengua era el plato segundo, y yo me acuerdo muy bien de que Inés sacó la lengua, ¡pero yo no la caté! Pues ¡y los tan anunciados cangrejos? ¡Qué chasco aquel! Me dijo Inés que se habían fugado á medio cocer, y los andaba buscando por todo el distrito el juez.

★

## Tempestad deshecha.



Le esperé para darle una guantada,  
miró al soslayo, fuése... y no hubo nada.

Y con la broma te ahorraste  
los cangrejos también.  
Después de darme unas truchas  
pintadas en un papel,  
tu economía más cómica  
indudablemente fué  
la del flan. ¡No se me olvida!  
¿No recuerdas tú que, en vez  
de darme realmente el flan,  
me estuviste hablando de él?  
Si me diste la *castaña*  
(que es un postre de chipén),  
y me la diste con queso,  
¿qué más pude apetecer?  
Cuando salí de tu casa,  
excuso decirte que  
tenía más apetito  
que el que no come en un mes.  
Y claro está, cuantas cosas  
luego á la vista me eché,  
me pareció, cara prima,  
que eran cosas de comer.  
El tintero, desde donde

llevo la pluma al papel,  
se me figuró una jícara  
de chocolate de á seis  
reales libra; la cabeza  
de un amigo mío, que es  
magistrado, parecióme  
que era un melón de Añover;  
mi cartera, un entrecot;  
el reloj que en la pared  
tengo colgado, creí  
que era un jamón de Avilés;  
mis zapatillas, un par  
de lenguados *al gratin*,  
y un atún escabechado  
la mamá de mi mujer.  
Y no me comí los muebles  
y una buena parte de  
la familia, porque fui  
desde tu casa al Inglés.  
En fin, si has de hacer conmigo  
lo que hiciste la otra vez,  
vale más que no me invites,  
¡no me invites á comer!

*Juan Pérez Zúñiga.*

★  
*Ley eterna.*

Murmuráis del marqués de Fuente Chica,  
descendiente de muchos potentados,  
persona alegre, gastadora y rica,  
que, libre de quehaceres y cuidados,  
de disgustos y penas,  
va derrochando el oro á manos llenas.

Para vuestro rencor halláis motivo  
en esa holganza del marqués, que viene  
á ser insulto vivo  
al que nada disfruta y nada tiene.

Y decís que es un crimen  
la existencia de tales caballeros  
que el jugo dulce de la vida exprimen,

mientras miles de obreros  
jamás por el trabajo se redimen.

Él, es verdad, reposa  
en colchones de plumas  
y tira en las orgías grandes sumas  
con una esplendidez escandalosa;  
y en tanto, centenares de infelices,  
con mala ropa y alimento escaso,  
no tienen más alfombras y tapices  
que el quicio de un portón y el cielo raso.

Pero el noble marqués de Fuente Chica,  
jugador, holgazán y... majadero,  
á cuyas manos afluyó el dinero  
que juntó mucha gente avara y rica,  
tiene que ser así, loco, aturdido,  
manirroto, sin freno y sin prudencia,  
porque está, sin saberlo, poseído  
del papel que le dió la Providencia.

Es preciso que en todos los momentos,  
en juegos, en caprichos y en orgías,  
lance á los cuatro vientos  
los ahorros de un siglo en cuatro días,  
que derroche sin tino ni cuidado,  
y el oro á tanta costa amontonado,  
que en sus manos se funde  
por medio del crisol de los placeres,  
vuelva al fondo social, para que inunde  
fábricas, obradores y talleres.

¡Hay que hacerse la cuenta  
de que fuera peor si lo aumentara  
y, ordenado burgués, se contentara  
con vivir guapamente de la renta!  
Porque de ese otro modo  
que os parece pecado imperdonable,  
cuando él se muera pobre y miserable...  
¡la sociedad lo recupera todo!

*Sinesio Delgado.*

★  
*Menudencias.*

No puedes figurarte, Rosalía,  
el placer tan inmenso y la alegría  
que anteanoche he tenido

al saber que hace poco te has casado.  
Tu consorcio con Diego me ha salvado.  
¡Que el cielo se lo premie á tu marido!

ANTONIO SOLER.

—¡Las dos viudas!

—En un día.

—¿Y de qué ha muerto Castor?

—De capitán, hija mía.

¿Y Antonio?

—De pulmonía,

que es muchísimo peor.

ALFREDO LÓPEZ ÁLVAREZ.

Queriéndote con el alma  
te enseñé á fingir cariño:  
¡los besos con que comercias  
son aquellos besos míos!

FEDERICO CANALEJAS.

### CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. R. M. L.—Hay que fijarse un poco en el valor de las palabras, porque si no se corre el peligro de aplicarlas de mala manera. Y no hay para qué poner ejemplos, porque en la composición los hay innumerables.

Sr. D. F. P.—Pues sí, señor; se aprovecharán algunas.  
Sr. D. M. S.—Cuánto siento que su carta haya llegado tarde! Cuando se publique este número habremos ya visitado Plasencia y Hervás, en los días 6 y 7.

*El chiquito de Valladolid*—No se puede alterar la hora de salida, porque es próximamente la misma hace muchos años. Tampoco esta vez puedo utilizar nada.

*Casto Susano*.—¡Asátral!

Sr. D. I. L.—¡Hombre... yo complacería á usted con mucho gusto, pero no es posible. Porque esos ¡ay! no son versos siquiera.

Sr. D. A. G. O.—No se puede hacer esos chistes con las hostias santas ¡caracoles! vamos, porque... no son de muy buen gusto, aunque no pasen de centes.

Sr. D. L. V.—Fuertecitos en su mayor parte. Pero ya se ve usted que ino puede hacer bien esas cosas.

*Un caprafilico*.—Allá va un cacho:

«Pajaro que raudo vuelas,  
posado en la rama verde  
viote el cazador. Matote,  
más te valiera estar duermes.»

Por lo del viote y el matote lo publico. No vaya usted á creer que es por otra cosa.

*Chamorro*.—¿Que qué me parece? Pues ¿qué me ha de parecer? ¡Muy bonital!

*Cuso*.—Huya como de la peste  
del cultivo de las artes.  
Vea si hacen falta encuartes  
en el tranvía del Este.

**PEDID**  
CONSERVAS DE CARNES, AVES, PESCADOS  
DE MAR Y RÍO  
Y MARISCOS  
**Marca LA NOYESA**

Galicia, Bordadores, 2.—La Holandesa, carrera  
de San Jerónimo, 7 y 9.—La Francia, León, 23, y  
principales ultramarinos.

### RECOMENDAMOS

Á NUESTRAS LECTORAS

Que empleen en los parquets ó pisos de ma-  
dera y en los mosaicos el

**Brillo especial**

para muebles y parquets

que vende la casa GRASES.

**Fuencarral, S.**

Usándolo una sola vez quedan los pisos muy  
brillantes permanentemente.

### GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA  
**COMPañÍA COLONIAL**

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

### MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.]

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.  
△ corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

△ los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º